

## La lucha de poderes en *La Regenta* The Power Struggle in *La Regenta*

Sabrina Maazouz

sabrina.maazouz@univ-alger2.dz

Universidad de Argel 2

(Argelia)

Fecha de recepción: 17/07/2021 Fecha de aceptación: 23/11/2021 Fecha de publicación:  
02/06/2022

### Resumen :

*La Regenta* es el reflejo de una lucha tradicional, entre el poder eclesiástico y el poder político. Pero lo que singulariza esta obra clásica es que tal contienda, desarrollada a lo largo de sus páginas y que culmina con un fin trágico, gira alrededor de una mujer. El sacerdote Fermín de Pas y el liberal Álvaro Mesía refrescan su rivalidad y convierten a una mujer inocente en el trofeo que obtendrá el ganador. Y porque en ella reside el poder de Vetusta, ambos la seducen mientras el marido, cornudo, se sumerge en sueños calderonianos. Pero ¿cómo se inicia esta lucha? ¿Quién ganará? y ¿Qué le depara la suerte a Ana Ozores una vez que termine esta lucha? Responder a esas preguntas será la tarea fundamental de nuestro artículo.

**Palabras claves:** *La Regenta*, poder, Vetusta, religión, seducción, adulterio.

**Abstract:** *La Regenta* is the reflection of a traditional struggle between ecclesiastical and political power. But what makes this classic novel unique is that such a contest, developed throughout its pages and culminating in a tragic end, revolves around a woman. The priest Fermín de Pas and the liberal Álvaro Mesía refresh their rivalry and turn an innocent woman into the trophy that the winner will obtain. And because Vetusta's power resides in her, they both seduce her while her husband immerses himself in Calderonian dreams. But how does this fight start? Who will win? And what does luck hold for Ana Ozores once this struggle ends? Answering these questions will be the fundamental purpose of our article.

**Keywords:** *La Regenta*, power, Vetusta, religion, seduction, adultery.

### Introducción:

Unos perciben en ella el diagnóstico detallado de la degradación de una aristócrata frustrada, otros afirman que es la catarsis de su autor, proyectada en Vetusta, la versión novelesca de Oviedo. Pero ¿Qué es verdaderamente *La Regenta*? ¿Es la historia de Ana Ozores o la de una sociedad en decadencia? Recalcamos que la respuesta la define el lector mismo, porque *La Regenta* es lo que uno llega a engarzar con su norte y con la dirección que adopta su mente, porque es este mosaico literario, cultural, histórico, psicológico, sociológico, filosófico y existencial, construido cuidadosamente en mil páginas, el que hace singular a esta creación clariniana, y que permite a todas luces la multiplicación de las líneas de lectura y de análisis.

Esta riqueza inigualable, y a cierto punto, interminable, que ofrece cada nueva lectura a *La Regenta* es la que ha proporcionado, a partir de los años sesenta, su notoriedad a nivel mundial. Se trata de una ficción donde se mueven ciento cincuenta personajes. Pero de toda esta colectividad, son dos presencias excepcionales que adquieren más espacio a medida que la narración avanza, una por su creciente fragilidad y otra por su sorprendente frialdad. Son Ana Ozores y Fermín de Pas que juntos construyen cierto tipo de conexión casi sin procedencia en la literatura española, y aquí no nos referimos al protagonismo del cura enamorado, sino a la vaguedad que circunda esta relación malsana, perjudicial y tóxica, que Fermín maneja exclusivamente a su favor.

No obstante, para ganar a Ana, alma y cuerpo, Fermín no encuentra el terreno libre, y se ve obligado a bajarse para contender con otro rival, Alvaro Mesía. Pero, antes de ahondar en los detalles de esta rivalidad masculina, muy palpitante en la novela, juzgamos necesario explicar la condición del trofeo por el cual ambos adversarios luchan.

### **1. El trofeo: Ana Ozores versus Vetusta**

En Vetusta, esta ciudad monótona, atemporal y aburrida, lo único que importa es el chisme, es por esto que Ana quiere evadirse a otro mundo, lejos de las futilidades y mediocridad de su entorno, pero parece que los vetustenses vigilan, sin cesar, sus pasiones y proyectos condenando su vocación literaria y desdenando su religiosidad. Ana tiene la mala suerte de ser romántica, sensible y delicada a cierto grado, en una sociedad que repudia los sentimientos y el amor. En Vetusta todo se calcula, y no hay sitio para los conceptos abstractos que la Regenta busca materializar.

Pero hay que admitir que según las normas sociales de tal ciudad, ser hija de una modista italiana y un libre pensador no construyen un perfil codiciado de una novia, por tal motivo, ella se casa con el segundo pretendiente, Víctor Quintanar, porque el primero es un indiano que es, a su juicio, peor que el ex-regente. Como resultado, Ana sufre la ausencia absoluta de toda manifestación amorosa; la maternal-paternal por la orfandad temprana, y la conyugal por la insensatez de sus veinte años al casarse con un hombre más cerca a los cincuenta que a los cuarenta, por quien ella no siente la mínima atracción, tampoco él se deja seducir por el encanto de su mujer. Pero, no hay que desmerecer por completo tal insensatez porque gracias a ella Ana es reconocida socialmente. Y digamos "por completo" porque a cierta medida este matrimonio beneficioso es también el preludio de su futura destrucción, porque la lucha que se mantiene entre Fermín de Pas y Alvaro Mesía sobre Ana, mientras que el desgraciado marido duerme confiado, se lanza porque el trofeo tiene alto valor social.

En *La Regenta* se destaca el rectángulo amoroso compuesto por mujer, marido y dos seductores que se ofrecen como amantes. No obstante, ellos no se entregan por amor, sino por avaricia, porque "se trata menos de la conquista de una mujer que de la dictadura de la ciudad" (Ciplijauskaité, 1984, p. 56). Ana Ozores actúa como una bola de billar entre dos cazadores, una vez la tiene el cura y la siguiente la controla el liberal. Desde el principio de la novela, vemos que Ana poco a poco pierde el poder sobre sí misma a favor de dos hombres en pugna. Pero habrá que explicar qué tiene Ana que ver con el poder sobre Vetusta.

Tras casarse con Víctor, Ana no es cualquier mujer vetustense. Ella es la Regenta, la esposa del ex-regente, y uno de los tres monumentos de los que presume la ciudad. Ella es *la inexpugnable*, la mujer más admirada por su virtuosidad, pero sobre todo por su belleza excepcional y la esbeltez de sus curvas corporales. Se dice que quien le tiene a ella, tiene en sus manos a Vetusta. Todos estos atributos

han podido menguar la etiqueta de ser hija de los rechazados y allanan los obstáculos que han impedido antes su integración en la aristocracia.

Así que estamos ante una mujer completa, tal vez no según la definición que tenía la sociedad de su tiempo, pero ella goce de los atributos que componen la perfecta idiosincrasia femenina. Ella es hermosa, orgullosa, sensible, inteligente, intelectual, robusta y virtuosa. Y cabe señalar que con "intelectual" nos referimos a su vocación literaria, Ana tenía la costumbre de escribir poesía y leer libros de la biblioteca de su padre, hasta que fue injustamente refrenada por Vetusta, que no tolera este *vicio* en la mujer. Sin embargo, la educación que ha recibido no es nada compatible con la vida que tuvo que afrontar. Y aquí Clarín defiende implícitamente la filosofía krausista de educar a la mujer para una mejor preparación, sobre todo en la ausencia de las caricias de una madre (Ocaña, 2008, p. 2). Ya que no sabe distinguir entre lo correcto y lo pecaminoso, y esto desde edad muy temprana. Cuando tenía solo diez años, se fue con Germen, un amigo de infancia, ambos se embarcan, él para "matar moros", ella para buscar a su padre. Siendo tan débiles físicamente, no logran desatar el barco y pasan juntos una noche inofensiva. Pero Vetusta tenía otra versión a contar, una tan injuriosa. Ni el cura creía en su inocencia. Y aunque era una niña, pudo entender la naturaleza depravada de aquellos dardos lanzados contra su moralidad, y: "quiso saber lo que era aquel pecado de que la acusaban... miraba con desconfianza y hasta repugnancia moral cuando hablaba de relaciones entre hombres y mujeres". (Alas, 1999, p.167). Irónicamente, en esta lucha, el marido necio, confiado e imponente, ni siquiera sospecha el engaño, y por desconocimiento, se aleja, tanto de esta lucha bilateral, como de su propia mujer, ensimismándose en sus pensamientos moldeados desacertadamente por lecturas calderonianas. Bobes comenta que mientras "Ana está sola, el marido vive en un mundo literaturizado y de afanes ridículos" (1985, p. 44). Pasan siete años de este matrimonio frustrado, y a pesar de que por dentro Ana sí quiere experimentar aquel supuesto pecado delicioso en el barco, su conciencia no se lo permite, y con la religión intenta acallar los gritos naturales de su libido. Si bien, notamos que Ana aplica desmedidamente un mecanismo de auto-compensación, y su actitud nos recuerda de la famosa teoría psicológica de Alfred Alder, que según la cual:

Desde que aparece el sentimiento de inferioridad (por ser literata, hija de modista y librepensador, y después la desastrosa experiencia infantil con Germán), el niño (Anita) trata de superarlo, debido a lo intolerable que le resulta (las injusticias sociales), ya que puede ocasionar *el descontrol de los mecanismos compensatorios* organizados por la estructura psíquica, determinando actitudes neuróticas egocéntricas, sobrecompensaciones e, incluso, la huida del mundo real y sus problemas" (Sánchez, p. 5).<sup>2</sup>

Ana abusa de estos mecanismos y convierte sus privaciones en una serie de problemas psicológicos, principalmente, la histeria, el complejo de superioridad y la evasión sentimental. Esta opacidad moral y psíquica tan inherente en ella es la causa principal de su tragedia, porque si ella tuviera una conciencia moral y una psique sana, nunca se dejaría manipular por dos hombres que no buscan más que el poder aunque esto vaya en detrimento de su salvación.

A continuación, analizaremos a los rivales por separado, a pesar de que ambos se influyen y se interrumpen constantemente. Pero, preferimos empezar por Fermín de Pas por ser el primero en acercarse a Ana.

## 2. El poder eclesiástico: Fermín de Pas

Desde el primer contacto, Fermín ejerce sobre Ana un poder hipnótico, movido, no solo por su talento masculino de manipular y seducir, sino también por la disposición de Ana a cualquier influjo emotivo. Fermín aparece en el momento perfecto, y por azar, Ana se convierte en su confesada, pero de otro tipo, una

sublime, excelsa, celestial, que su pureza no tiene comparación, y que su fragilidad es tan nítida, a tal punto de percibir en él un Cristo, un Dios tangible con sangre y hueso, "en quien vuelca su amor, no profanamente, pero sí con una exaltación mística enfermiza" (Donahue, 1973, p. 123)

Cabe indicar que Fermín, siendo un cura, tiene otra naturaleza, la que contradice la ley del sacerdocio al satisfacer sus impulsos sexuales con su criada Teresina, y la de Ana, Petra. Pero es innegable que lo que llega a sentir por la Regenta es diferente, y puro. Con ella no busca nada físico, sino espiritual. Para él, hacer de aquella joya vetustiana una propiedad privada es el propósito más digno de conseguir, y se da el derecho de conquistarla como si fuera una tierra despoblada en busca de un dueño : "La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, ¿quién osaría disputárselo?" (p. 348)

En este personaje, Fermín, el autor deposita una gran dosis de poder. Cada gesto, cada mirada y cada palabra que viene de él es una muestra natural de su dominio. Se cuenta que su gran afición es montar alturas y montañas, pero no es una coincidencia que tal actividad física encuentra su correspondencia en la carrera del sacerdote, y en los proyectos que busca llevar a cabo sobre Vetusta. "llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas....No renunciaba a subir, a llegar cuanto más arriba pudiese (p. 77) " Había llegado a los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista;...era el hambre que no espera". (p. 79) Su poder se culmina en su mirada absoluta que barre toda la superficie de Vetusta. Desde la torre de la catedral otea los interiores privados de la ciudad con su catalejo que : "pasando la visual de tejado en tejado, de ventana en ventana, de jardín en jardín"(p. 82). Pero especial interés lo dedica a una casa, la de Ana, y se deja actuar como si fuera un *voyeur* místico que espía a escondidas los movimientos de su amada y evalúa su compromiso religioso.

De igual modo, Fermín aprovecha las sesiones de confesión para moldear a Ana y someterla suavemente con sus sermones, consejos y dulces oraciones. Thompson explica que " la opinión pública de don Fermín como confesor, y su carrera llega a depender de la manera en que Ana se comporta" (2011, p. 19). Por ello, el confesionario suele ser el espacio donde el Magistral ejerce su poder sobre su presa, y no tiene ningún inconveniente de visitarla en su casa y de introducirse en su habitación para hacer extender su poder.

Alvaro cree que esta ventaja que tiene el cura de acceder a la intimidad de Ana hace desigual esta lucha, y marca un punto en su contra. Pero porque su subconsciente rechaza la derrota, se consuela la idea de que Fermín no ha tocado a Ana. Y así fue, ya que " los dos esperaban vencer, pero a ninguno se le acercaba la hora del triunfo". (p. 626)

Mientras tanto Ana, sumisa pero atenta, se da cuenta de la represión que ejerce Fermín con el uso de la religión, cuando ese empieza prohibirle asistir a eventos teatrales y festivales. En el día de todos los Santos, Ana asiste con su marido a una pieza teatral, la de *Don Juan Tenorio*, para cambiar de aires y así recuperar su energía consumada por los constantes ataques nerviosos. Pero Vetusta comenta este acto como la desobediencia pública de la hija predilecta a su confesor. Fermín , repleto de rabia, se dirige a la Regenta y le explica que las beatas no asisten al teatro en un día religioso. Pero esto no era más que un pretexto, porque lo que verdaderamente le enfada a Fermín es el hecho de que Ana salió sin su permiso, incluso compartía el mismo lugar con su rival, Alvaro, que en sus brazos se desmayó. Él no pensaba ni en ella ni en su salud, sino en la lucha que estaba a punto de perder, y una sola idea atormentaba su calma: "Estoy en ridículo, Vetusta entera se ríe de mí a carcajadas ". (p. 789)

Por su parte, Ana no resiste a tal manipulación y se deja pasar por una sumisa mística, que coquetea en su "teatro privado" la presencia voluptuosa de Fermín, y el dominio que él ejerce sobre ella. Ana reclama esta sumisión, quiere sentirse débil frente a este hombre robusto: " Señor, yo haré todo lo que usted diga, iré cuando usted me indique; mi confianza absoluta está puesta en usted. A usted solo en el mundo he abierto mi corazón". (p. 556) Este hombre, aunque ausente físicamente, su recuerdo le acompaña constantemente a Ana, le protege y le aleja de los pensamientos impuros. En fin, ella le es más fiel que a su propio marido. Así que " Lo que no había despertado en ella la presencia de don Víctor, lo despertaba la imagen de don Fermín" (p. 549).

Vetusta atestigua esta sumisión y aplaude el poder de Fermín sobre su penitente. No cabe duda que él era siempre reconocido por la vehemencia de sus oraciones y su presencia meliflua, aunque hipócrita, y por ser el más admirado por las señoras vetustenses, pero ¡tener a Ana como confesada! Esto lo llevó a otro nivel de grandeza. El pudo hacer de Ana una devota, aunque su devoción no concuerda con su imaginación, ni con la ley del determinismo fisiológico. Razón por la cual, la llegada del otro rival, Alvaro Mesía, pudo volcar por completo el mundo interior de Ana quien cambia de inmediato la manera de la que solía ver a su confesor. Ahora le desmitifica, convenciénndose de que es su hermano mayor del alma, por quien no debe sentirse atraída. Piensa "¡qué asco! ¡amores con un clérigo!". (p. 881)

Pero hasta el momento, el ganador es Fermín, porque aunque Ana siente algo por Alvaro, ella no se deja llevar, todavía, por sus sentimientos y se mantiene bajo el control del Magistral. "¡Soy tan feliz! ¡y debo en tanta parte a usted mi felicidad!". Pero son meras palabras desprovistas de sentido para Fermín quien, cansado de sus dudas abrasadoras y los comentarios mordaces que hace la sociedad sobre su poder, hace de Ana que camine descalza en las calles de Vetusta como prueba de su devoción, y de su entrega total al amor místico.

Durante la procesión, Ana cumple su promesa, y Fermín la acompaña con mucho orgullo, como si estuviera gritando al público vetustense: " he ganado y aquí esta la prueba". Lo mismo quiere comunicar a su rival cuando se acercan al casino, el nido de Alvaro, y con unas miradas bilaterales se dicen lo que nunca se atreven a decir con las palabras:

La mirada del Magistral fue altanera, provocativa, sarcástica en su humildad y dulzura aparentes: quería decir ¡Vae Victis! La de Mesía no reconocía la victoria; reconocía una ventaja pasajera... fue discreta, suavemente irónica, no quería decir: «Venciste, Galileo» sino «hasta el fin nadie es dichoso». De Pas comprendió, con ira, que el del balcón no se daba por vencido. (p. 832)

Ana acepta tal humillación creyendo que solo así podrá llegar a la pureza del alma que tanto anhelaba. Pero, desilusionada, entiende muy tarde la manipulación de su confesor, quien quería hacer de ella una muestra de su poder sin importarle ni el intenso dolor que electriza aquellos pies tiernos, ni la afrenta que le hizo sufrir públicamente:

Recordaba que de rodillas ante el Magistral le había ofrecido aquel sacrificio, aquella prueba pública y solemne de su adhesión a él...o ¿no había otra manera de ser piadosa? ¿No había sido un arrebató de locura aquella promesa?...No pensaba ni en Dios, ni en Cristo, ni en María, ni siquiera en la eficacia de su sacrificio para restaurar la fama del Magistral, no pensaba más que en el escándalo de aquella exhibición. (p. 824)

El espectáculo era tan intenso y duro, especialmente sobre el marido, quien hubiera preferido que su mujer tuviera un amante que verla en parecida situación, y en arrebató de ira, exclama :

Si yo tuviera aquí una bomba Orsini... se la arrojaba sin inconveniente al señor Magistral cuando pase triunfante por ahí debajo. ¡Secuestrador!”  
«no, no tenía fuerza para oponerse al jesuitismo que había invadido su hogar». ¡Oh, por algo él vacilaba antes de consentir a De Pas apoderarse del ánimo de su esposa! Sí... al fin había sido jesuita...». Quintanar acabó por comparar el poder del Provisor en el caserón de los Ozores, con el que tuvieron los jesuitas en el Paraguay. «*Sí, mi casa es otro Paraguay*».  
(p. 716)

Irónicamente, Fermín cree que esta marcha simboliza la gloria eterna, un caminar al triunfo y el fin de la lucha. Pero Álvaro entiende que esto es el principio del fin, pero no el suyo, sino el de Fermín. Y de hecho, Álvaro tiene razón, porque desde esta noche, el poder de Fermín sobre Ana empieza a disminuirse.

### **3. El poder liberal: Alvaro Mesía**

A Ana no le queda más salida del hastío y el vicio espiritual que pensar secretamente en Mesía, aunque sus ojos la delatan. En una de las conversaciones entre el seductor y la alcahueta de Visitación, dice esta última sobre Ana: “si le hablan de ti palidece o se pone como un tomate, enmudece y después cambia de conversación ... en el momento en que tú vuelves la cara, te clava los ojos” (p. 286) Este cambio de enfoque que ejecuta Ana no es nada sorprendente, de hecho, está anunciado desde el principio. Ana se autoengaña al dejarse tentar creyendo que nunca llegará a caer, pero sabe que esta tentación es su único consuelo. Así que ella intenta tomar sus medidas y ser prudente. Pero lo que no sabe es que lo que vive secretamente en su imaginación, lo vivirá algún día en la realidad, y las consecuencias de ambos casos ni siquiera se comparan.

Tras la insinuación amorosa de Fermín y el agravio que vivió en público, Ana empieza a: “encontrar repugnante, odiosa, criminal la conducta del Provisor, y noble, caballeresca la de Mesía”(p. 865) No solo compara entre los dos rivales, sino también entre lo que la religión pudo darle y lo que el sexo podría dar. Describe su experiencia mística como: “algo enfermizo, una excitación malsana”, mientras que en el adulterio “no había más que placer”. (p. 868)

Con esta afirmación que Ana hace en su conciencia, a Álvaro no le queda ningún obstáculo moral que le impida probar, otra vez a su sociedad, que él sigue siendo el seductor más experimentado, aunque es un cuarentón. Piensa asiduamente sobre “qué diría Visita, qué diría Obdulia, qué diría Ronzal, qué diría el mundo entero!” (p. 647), si fracasa en su misión donjuanesca. Él sabe perfectamente que entre más valiosa es la víctima, más reconocimiento tendrá, y aquí se trata de La Regenta, la mujer inexpugnable, “la perla de Vetusta”, la que sin tener la intención de hacerlo, abisma a todas las señoras y atormenta a todos los hombres, incluso a Frígilis, el amigo íntegro de su marido.

Lo que es curioso en el razonamiento que hace Mesía sobre esta lucha es que él no solo quiere profanar el cuerpo de Ana, sino también busca hacerlo antes de Fermín, y si este último lo obtiene primero, él abandonará la conquista: “Si el Magistral es aquí el amo..., entonces no tengo que esperar nada... y además, ya no vale tanto la victoria”. Aquí confirmamos otra vez que el presidente del casino no solo busca sexo ni seducir a la más virtuosa de Vetusta, sino que aspira vilipendiar públicamente a Fermín y demostrar la incapacidad de este para orientar las almas de sus penitentes. Era como un ajuste de cuentas en el cual Ana está involucrada, y sin darse cuenta. Pero tampoco Fermín piensa diferentemente, y esto lo que llegamos a constatar al final de la novela cuando abandona a Ana.

Es indudable que estos rivales se odian, pero al mismo tiempo, se temen. Álvaro le tiene miedo a la robustez de Fermín, que parece un hombre de grandes atributos físicos: “Era el primer hombre ¡y con faldas! que le ponía el pie delante:

¡el primer rival que le disputaba una presa, y con trazas de llevársela!”(p.551). Mientras tanto, Fermín le tiene miedo a Alvaro, porque sabe que estos " atributos" son inútiles y que estarán siempre en modo inactivo debido a su oficio sacerdotal.

Y si Fermín usaba las confesiones como técnica para inculcar en Ana la idea de la sumisión, Alvaro no es menos astuto que su adversario, y encarga a Visitación, la falsa amiga de Ana, para convencerla de que el seductor siente sincero amor por ella. “ Comprendía don Alvaro que Visitación quería precipitar a la Regenta en el agujero negro donde habían caído ella y tantas otras”(p. 210). Y gracias a su cómplice, Alvaro podía descifrar cuidadosamente los misterios que esconde la mente intrincada de Ana. Si bien, Alvaro, a diferencia de su rival, no es tan talentoso en la seducción verbal, o bien, puede ser que lo sea, pero su conquista depende mayormente de sus miradas y ligeras caricias para neutralizar los efectos de tal carencia con su atractivo. Sabiendo que Fermín es más fuerte y robusto que él, el don Juan vetustense lo sufre en silencio pero se contenta con la idea de que toda esta fuerza física nunca le servirá a Fermín, tampoco a Ana, por ser un sacerdote condenado al celibato de por vida. Ni la naturaleza ni la sociedad permiten la unión entre el rival clerical y su presa. Al contrario, Alvaro es un hombre libre, *varonil* y completo según la ley universal. Razón por la cual, cuando Ana se familiariza con la idea del adulterio, de los dos rivales escoge a Alvaro como amante, porque ser adúltera con un sacerdote intensifica el pecado, y por extensión, el escándalo.

En medio de todas estas tormentas de amor, Ana resiste y se abstiene de integrarse al seductor, quien empieza a preocuparle la idea de que la sociedad impaciente cuestione sus habilidades seductoras, dado que enamorarla ya le está costando demasiado tiempo. Pero se ve como la última defensa moral de Ana pierde su rigor cuando Alvaro le cuenta una historia inventada. Según la cual Víctor la engaña con la criada. Y por fin, el poco respeto que tenía por su marido imponente se evapora en el aire, y deja aparecer a la mujer ardiente que vive dentro de ella. Ahora ella es una adúltera que su abyecto amante no deja de pensar en la necedad de su víctima y dice “¡Es mía! ¡ese Magistral debe de ser un cobarde! Es mía.... Este es el primer abrazo de que ha gozado esta pobre mujer” (p. 781).

De ahí que Alvaro buscaba conquistar a Ana porque ve en ella la oportunidad de mantener su imperio como el donjuán más apto, pero no lo hizo principalmente para complacerse a sí mismo, porque para ello no faltan víctimas, sino lo hizo para derrotar a Fermín y, consecuentemente mostrar a su sociedad que no es un hombre caduco, y que ha sido capaz de abatir a la mujer más virtuosa en Vetusta.

#### **4. Lucha acabada:**

Un día, el adulterio se hace público, y con ello, se consume por completo el deseo sexual entre los amantes. Despuntan la vergüenza y la deshonra para Ana, muere el marido en el duelo, y huye el amante de la ciudad. Regresa la adúltera a la iglesia en busca de un consuelo, de encontrarse con su hermano mayor del alma, de escuchar aquella voz aliviadora que apacigua los dolores. Pero la Regenta ve la cara de un furioso, colérico, un hombre traicionado que da pasos de asesino, que ni siquiera la ve mercedora de sus golpes, ni de sus reproches. La mirada de Fermín tiene el peso torturador que hace desmayar a Ana, y abatida sobre el pavimento de la catedral, viene Celedonio y le ofrece el beso más repugnante que se pueda dar a una mujer, a tal punto que ella “había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo” (p. 886). Pero el beso no es circunstancial, tampoco accidental. En tal escena humillante, Clarín, en la última página de su novela, anuncia el futuro trágico de la heroína. Y pesar de que Alvaro fue quien agarró a Ana a su cama y la hizo suya, fue Fermín él que ganó esta lucha.

Porque, y como ya hemos mencionado, el verdadero triunfo que buscaban ambos hombres nunca era Ana, sino el poder social.

Para simplificar, Alvaro mata al marido engañado en el duelo, y huye de Vetusta, ya no es más que otro ruin para su sociedad, mientras que Fermín, es todavía aquel hombre venerable y loable, él es el mismo confesor insigne con quien las vetustenses siguen buscando confiar pecados y pedir consejos.

Galdós comenta el hecho de que Ana escogió a Álvaro como amante y no a Fermín explicando que: "Clarín, obligado en el asunto a escoger entre dos males, se decide por el mal seglar, que siempre es menos odioso que el mal eclesiástico" (190, p. 17). Y a pesar de estas precauciones exageradas, el autor de *La Regenta* fue acusado por ser anticlerical. Por su parte, Gascón Vera (1992, p. 156) sostiene que la caída moral de Ana, este adulterio, es la prueba del poder masculino sobre la mujer, un poder que se divide universalmente en el político y el espiritual, y que refleja la misoginia aprobada por la sociedad. Ya que cada rival tiene sus seguidores que maquinan en contra de Ana.

Resumiendo, en *La Regenta* se ve algo más que la ordinaria historia de un adulterio. Son los detalles que la singularizan de otras con las que a menudo fue comparada. Mientras el marido practica el indiferentismo conyugal, dos hombres se pelean por la mal casada, Ana La Regenta. Fermín de Pas versus Álvaro Mesía, o mejor dicho, la catedral versus el casino, ambos, desprovistos de lo que normalmente reflejan, deciden enredar a una inocente en su desorden moral.

Así que conquistar Ana es una muestra de poder sobre Vetusta que los dos ruines ponen en juego valiéndose de diferentes mecanismos de seducción para concretar su poder. Uno la convierte en la "prostituta mística" obligándola a caminar descalza en las calles, y otro profana literalmente su cuerpo. Pero, gane quien gane, ambos se aprovechan de la virginidad física y emocional de Ana, que siendo casada por tantos años (siete cuando inicia la trama) nunca ha experimentado los placeres del sexo, aunque las ganas no le faltan ¿para que sirven en la presencia de un marido imponente? Dice el narrador en uno de los episodios más conmovedores sobre la vida de Ana: "Tenía veintisiete años... Y no había gozado una sola vez esas delicias de amor de qué hablan todos... ¿Dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía" (p. 327). Se da a entender que Ana resistía lo suficiente a la tentación, pero no hay nada que hacer cuando dos hombres fuertes se alistan para una lucha de poder silenciosa, de la que ni el trofeo- Ana Ozores- se da cuenta, al menos no antes de tiempo. Pero notamos cómo ella siente constantemente las flechas invisibles que los rivales intercambian, y que no perjudican más que a ella. Razón por la cual, ambos salen ilesos de su lucha dejándola devastada, marginada, humillada y al final, abatida en el pavimento marmóreo de la iglesia que rehúsa su penitencia.

Se infiere que Álvaro es la personificación mediocre de la ideología liberal que surgió en España de la Restauración, en la otra orilla, hay Fermín, que es la personificación, no menos mediocre, de la iglesia y la corriente conservadora. Ambos buscan apoderarse de Vetusta, y entienden que para lograrlo habrá un atajo y, que es sin duda más garantizado y menos espinoso. Cada uno se interesa por la Regenta: "porque es la mujer más hermosa y admirada de Vetusta, y su inconsciente la hace símbolo de la ciudad que quiere dominar" (Bobes, 1985, p. 65)

Pero esta lucha la siente Ana en sus adentros, en las dudas que la devoran, y sabe que ella tiene solo dos opciones; ser devota reprimida por el resto de su vida, o ofrecerse un amante y perderlo todo. Entre la conciencia moral y la rebelión sexual, Ana se encuentra bloqueada. Al final, ella se rebela. ¿Pero valió la pena lo que perdió a cambio de un prohibido idilio? Al principio, ella: "no pensaba en



tal instante ni en que ella era casada, ni en que había sido mística, ni siquiera en que había maridos y Magistrales en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flores. *Aquello era caer, sí, pero caer al cielo*”(p. 780), pero cuando las cosas empeoran, ella se arrepiente, e intenta regresar a la religión, esta vez, humillada y rechazada.

Y hablando de la religión, se nota cómo los vetustenses practican la fe del carbonero, una religiosidad motivada por las razones equivocadas, al mismo tiempo, aplauden una política de naturaleza corrupta. Tanto los fariseos como los liberales viven sin tener causa alguna, sólo se busca alcanzar más poder, al menos más que la parte enemiga. No obstante, la lucha que mantienen los representantes de cada parcialidad gira alrededor de una mujer. Fermín quiere perpetuar su poder sobre la Regenta, por el otro lado, se ve como Alvaro contempla su presa para quitarles los grilletes de la religión, y poner los suyos, los del amor adulterino.

En fin, es la lucha de dos hombres que se odian, y no el enfrentamiento de dos doctrinas. Quien supedita a Ana, dominará a toda Vetusta. Esta correspondencia entre la derrota de una mujer idealista y una ciudad que la rechaza a escondidas, esclarece otra vez más la hipocresía de los vetustenses, quienes se irritan de la virtuosidad de Ana, pero al mismo tiempo, la ensalzan como la muestra irrefutable de la fuerza femenina, y de una mujer que no se rinde a sus impulsos sexuales. Sin embargo, Ana ya no es aquel ser sublime e impar, sino una mujer débil, incapaz, como todas las señoras vetustenses, de resistir el encanto del famoso seductor. Y por fin se realiza el sueño de Visitación, el sueño de “ver aquel armiño en el lodo”. mientras que “ se ocultaban *los buenos vetustenses* el íntimo placer que les causaba aquel gran escándalo que era como una novela, algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste” (p. 874).

### **Conclusión**

En definitiva, en *La Regenta* se estudia la psicología de los individuos en un contexto social bien delineado. Es en España de finales del siglo XIX donde hombres y mujeres se conocen, se detestan, pero se aceptan porque saben que todos comparten la misma maldad, duplicidad y perversidad. Pocas excepciones se puede hacer de este conjunto hipócrita pero el destino, igual que la sociedad misma, no tolera sus nobles diferencias, y las deja a la ruina. Esto es el caso de Ana Ozores, la joya de Vetusta. Esta última, a pesar de su malicia, mediocridad, hipocresía y falsedad, sale ilesa con sus vicios y errores. Fermín es el mismísimo sacerdote admirado y reconocido. Alvaro, volando sobre otras tierras, crea de nuevo su leyenda, la del donjuán experimentado y el seductor de las mujeres frustradas. Víctor, engañado y vilipendiado públicamente, tal vez haya encontrado la paz en la muerte. Pero, Ana, ella lo pierde todo. Pierde el honor, la reputación, la posición social, el respeto de los vetustenses, la presencia de un marido paternal y las caricias prohibidas de un amante cobarde. En fin, ella se pierde a sí misma por culpa de la lucha de los poderes.

### **Bibliografía:**

- Alas, Leopoldo. (2000). *La Regenta*. prólogo de Benito Pérez Galdós. Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Alas, Leopoldo. (1999). *La Regenta*. Madrid: Akal.
- Bobes Naves, Maria.(1984). *Teoría general de la novela: Semiología de La Regenta*. Madrid: Gredos.

- Ciplijauskaitė, Birutė.(1984). La mujer insatisfecha. El adulterio en la novela realista. Barcelona: Edhasa.
- Donahue, Semprún. (1973). La doble seducción de La Regenta. México: Revista de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Gascón Vera, Elena. (1992). Un mito nuevo: la mujer como sujeto-objeto literario. Madrid: Pliegos.
- Ginard Sánchez,Mónica Natalia ( s, f). Teoría motivacional de Alfred Adler: El sentimiento de Inferioridad. Valencia: La Revista de Motivación y Emoción.
- Navas Ocaña, Isabel. (2008). La Regenta y los feminismos. Estudios filológicos, (43), 141-154.
- Thompson, Ian Douglas. (2011). Las Manifestaciones del Poder en La Regenta y Doña Perfecta. Research Papers, Paper 118.
- 

<sup>1</sup> ALAS, Leopoldo. [1885]. La Regenta. Madrid. Akal 1999. De ahora en adelante, nos referiremos sólo el número de página, porque todas las citas ,proviene de esta misma edición.

<sup>2</sup> El subrayado y lo escrito entre paréntesis es nuestro